

PROVIDENCIA Y MISTERIO EN LA VIDA DE COLON

LECTURA HECHA EN LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA
EN LA SESION DEL 12 DE OCTUBRE

Escribe: JAIME DUARTE FRENCH

Estudiar la vida de Cristóbal Colón es algo así como bordear el misterio, con el alma llena de perplejidades. Si ya no fuera porque la verificación histórica de sus pasos ha resultado empresa superior al desvelado empeño de sus biógrafos, bastaría para aumentar hasta lo infinito aquellas perplejidades la inasible e impenetrable personalidad del fabuloso Almirante. El hombre que él fue, independientemente de la obra que él realizó, aparece por la escena de su propio drama como un fantasma escurridizo y azogado, tejiendo con su ir y venir de una parte a otra del mundo la más subyugante leyenda de los tiempos modernos. La investigación erudita ha trabajado por quinientos años sobre las huellas de don Cristóbal, y bien podría afirmarse que no queda un recodo en ellas, ni un pliegue, ni un mínimo punto anodino que no hayan sido escrutados con asombrosa impaciencia.

La búsqueda del hombre, del ser humano con su atuendo y su carnadura, ha sido realmente afanosa. Jamás en el decurso de los siglos se han consagrado más tiempo y energías a la identificación de una persona, a la determinación de su origen y su estirpe, sus inquietudes, ensueños e ideas. Desafiando a los acuciosos investigadores que van tras su paso, en la tierra y en el mar, este don Cristóbal Colón ha logrado mantenerse por fuera y por encima de la anécdota y del episodio, irradiando a través de su propio y singular nombre desde lo más alto de la pirámide histórica. Es una fortuna, sin embargo, para él y para nosotros, que su vida caiga en el dominio de la leyenda y en el simbolismo

del mito, pues solo de esa manera nos es dado imaginarlo como un instrumento de la Providencia para completar ante los hombres la obra de la creación. Si todo en él es un misterio, y dentro de ese misterio una contradicción evidente, la incorporación a su destino del elemento providencialista no solo aclara a la luz de la historia muchos actos de por sí incomprensibles, sino que los colma de sentido y los encadena por riguroso orden lógico en la sucesión de todos aquellos hechos que culminaron con el inmortal hallazgo de 1492.

Una explicación providencialista de la hazaña colombina no satisface, lo sé muy bien, a ciertos espíritus críticos habituados a levantar sus concepciones históricas sobre el piso de concreto del más trivial empirismo. ¡Hechos!, ¡Hechos!, ¡Hechos!, es el reclamo que le hacen al pasado y la condición que le ponen para depositar en él su confianza. La fe en los designios divinos no juega ningún papel en sus especulaciones, porque más que la doctrina o que la significación trascendente del mundo y de sus criaturas les interesa el dato escueto, la fecha sojuzgante y fría, la envoltura de impasibles lineamientos. De ahí que la historia no sea muchas veces más que un fácil recuento de nombres y cronologías, hábilmente entrelazados para dar la sensación de un proceso vital, ordenado y coherente. En el caso, por ejemplo, de Cristóbal Colón, se ha suplido el misterio que envuelve su vida con una serie de hipótesis, como tratando de reducir a hechos humanamente explicables lo que de suyo pertenece a esa zona blanca que Dios reserva en el destino de los hombres para que en ella jueguen libremente sus inescrutables designios. Es el pecado de soberbia que lleva a muchos historiadores a suprimir de una plumada la intervención divina en el gobierno de la humanidad; es el predominio de Babilonia sobre Jerusalén, de la ciudad de los hombres sobre la ciudad de Dios.

Cristóbal Colón nació en una parte y murió en otra. Lo innominado del dato no le resta rotundidad a la certeza de que eso fue así. Nacer y morir, ya se sabe, son los dos únicos hechos de comprobación absoluta que protagoniza el hombre en su tránsito por la tierra. Entre esas dos realidades se desenvuelve el misterio. Y la vida de Colón es un misterio en grado superlativo, como lo es en particular la vida de toda criatura. "Si alguien, por un prodigio de infusión, —dice León Bloy— llegara a conocer de pronto la trascendencia de un individuo cualquiera, tendría ante los ojos, como un planisferio, todo el orden divino".

Por encima de la historia, está, con su insondable arcanidad, la vida del hombre, que es el resumen de la creación, en el que todo está previsto y todo tiene sentido. Sí. En la economía del universo nada se produce por generación espontánea y nada es inútil. Cuando el creyente pide a Dios que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo, más que una impetración es esto el reconocimiento de las leyes divinas que presiden el destino del hombre.

Muchas veces, leyendo la historia de Cristóbal Colón, o lo que se dice que es su historia, he reflexionado sobre el misterio de su vida y sobre los signos tan contradictorios que en todo tiempo pesaron sobre ella. Colón es la criatura histórica más imprecisa, la que de manera más persistente rehuye al investigador que quiere atraparla y clasificarla conforme a cánones preestablecidos. Desde la propia disputa sobre su lugar de origen hasta la controvertida seriedad de sus revelaciones autobiográficas, todo está señalado en la vida de este hombre por el más impenetrable misterio. Cuando aparece por primera vez y de modo cierto en la escena pública, salido precisamente de las aguas después de un naufragio providencial, se abre el interrogante más asombroso de los tiempos modernos.

“Quién era aquel hombre misterioso —se pregunta Madarriaga— que con su solo espíritu cambió el curso de la historia, desvió a una nación poderosa de su camino natural, dobló el espacio del mundo físico abierto al hombre, y ensanchó sus horizontes mentales allende las esperanzas más extravagantes de aquella edad? Cuándo nació? Cómo se llamaba? Dónde había estudiado? Qué viajes había hecho? Qué sabía de la tierra y de la mar? Cuál era su plan de descubrimiento? Hasta qué punto lo había definido cuando lo propuso primero al Rey de Portugal y luego a los Reyes Católicos? Sobre todos estos puntos y otros más, después de cuatrocientos años de historia y más de cuatrocientos volúmenes de investigación, subsisten motivos serios de duda y desacuerdo”.

El misterio que lo rodea, y que lo envuelve y lo ciñe como si fuera su propia natural epidermis, fue ya notorio para sus mismos contemporáneos, muchos de los cuales, sobre todo entre los más allegados, transmitieron a la posteridad noticias y referencias del personaje enteramente dispares y aún completamente contradictorias. Pero lo que agrava en verdad el problema, lo que lo torna insoluble para quien desea precisar la verdad sobre la vida del navegante, es el hecho de que aquellos testimonios discordes provienen la mayoría de las veces de cronistas o historiadores insospechables. El propio Colón dió pábulo

a esas versiones cayendo él mismo en idéntica imprecisión, como se deduce de no pocos documentos trazados de su puño y letra. Ante tales circunstancias no queda, en realidad, más recurso, para ajustar la imagen del hombre, que el de admitir como cierta la que en cada espíritu surge después de repasarse aquellas biografías urdidas sobre fundamentos tan hipotéticos. Qué otra cosa puede hacerse? Si la vida de Colón está tejida de episodios controvertidos, y si no poca parte de esa misma vida está todavía hoy, quinientos años después, a merced del último sagaz intérprete que le salga al paso, yo prefiero, haciendo caso omiso de todo lo episódico y cotidiano que en ella figura, concebirla del único modo como a mi me parece que debió ser para que pudiera ejecutar, no una propia y personal voluntad, sino la voluntad de Aquél por el cual todas las cosas han sido creadas.

Lo que ejerce en mi ánimo un mayor atractivo, una seducción no comparable a ninguna otra, es precisamente ese largo trecho de la vida de Colón que discurre entre Génova y Portugal, y que por la incógnita invencible que presenta constituye el obstáculo más serio para llegar a conclusiones válidas sobre la verdadera personalidad del navegante. Son los primeros veinticinco años de su vida, que la historia no descifra y que sin embargo encierran el secreto de muchas de sus ideas y de no pocas de sus empresas posteriores. Desazona pensar, por ejemplo, que aún hoy, después de tantas y tan afanosas búsquedas en todos los archivos del viejo mundo, nada se sabe todavía sobre la fecha aproximada de su nacimiento. Enrique de Gandía, examinando una a una las presuntas pruebas que periódicamente se desempolvan aquí y allá, traza una serie de complicados cálculos para decirnos que, conforme a esas pruebas, los años en que pudo nacer Colón fueron los de 1436, 1439 y 1455. Son especulaciones que ahora tal vez nos parezcan un tanto ociosas, pero que durante largo tiempo se apoyaron en textos considerados insospechables. La última versión, proporcionada por el documento llamado Assereto, nos dice que un

“Chitóphorus Columbus, civis Ianuae, de veintisiete años, había residido en Madera y en Lisboa durante los años 1478 y 1479, como representante de la firma comercial Centurione”.

De acuerdo con esto, el año de nacimiento no pudo ser otro que el de 1451. Pero la tal revelación del general Ugo Assereto no ha caído en piso firme, y no son pocos los críticos que le niegan de una manera rotunda su autenticidad. ¿Qué otro documen-

to surgirá mañana que establezca una fecha distinta? En materias históricas, ya se ha dicho muchas veces, la verdad de hoy no espera para derrumbarse sino la demostración de la verdad opuesta.

Vamos a suponer que Cristóbal Colón nació en 1451. Y vamos a suponer, asimismo, en atención a las controvertidas actas notariales de Génova y de Savona, que la suya era “una familia de artesanos como la mayoría de las del siglo XV”, y que sus allegados inmediatos eran por lo común tejedores de paños de lana, queseros y taberneros. Gentes humildes, inclinadas al comercio. Ningún documento alude a la vida y ocupaciones de Colón en esos primeros años en que permaneció junto a sus padres. No fue aprendiz de nada, y no se sabe que hubiese ejercido uno cualquiera de aquellos oficios. La hermosa leyenda del niño cardador de lana se ha esfumado ya para pesar y congoja de todos los exégetas de la vida doméstica.

“De muy pequeña edad entré en la mar navegando”,

dice a los Reyes Católicos del más bello modo posible. Por esta y otras auténticas declaraciones suyas se establece que esa *pequeña edad* fue la de los diez años.

¿Qué hizo entonces durante ellos? Frente al fracaso de la historia, que no puede utilizar, para su infortunio, sino materiales concretos, de física objetividad, resulta refrescante y tonificante acudir en demanda de claridad al mundo de la poesía, que tiene la virtud, en casos como este, de disipar el misterio y de presentarnos la imagen justa que deseamos. Paul Claudel es quien rescata para nosotros esos sencillos y trascendentes episodios de la infancia, en su magistral obra dramática “El Libro de Cristóbal Colón”. El nos revela la vocación del navegante descubridor. La escena familiar que nos presenta no puede ser más hermosa:

“Véanle en la casa de su padre; su madre está también allí; sus hermanos; sus compañeros de tareas. Su madre hila la lana. El niño lee en un libro la historia de Marco Polo”. El hombre de la ventana le dice: “Cristóbal ¡Ven a ver tu país! Ven a ver este hermoso puerto de Génova, redondo como una copa, como una hermosa boca que canta, lleno de navíos y de telares, brillante y retumbante de su comercio con Oriente”. El niño replica: “Leo la Historia de Marco Polo”. —¡Malhaya con el navegante terrestre! dice el hombre de la ventana. Mar es lo que necesitamos, nosotros los genoveses”. —“Y quién sabe si por mar, dice Cristóbal, no es posible llegar al país de Marco Polo?”. —“Al Oeste no está el mar, sino la infranqueable

voluntad de Dios". —“La voluntad de Dios es lo que me llama hacia el Oeste. —“¡Cristóbal! ¡Cristóbal! ¡Portador de Cristo! ¡Anda! ¡Anda! ¡Anda! ¡Vete! ¡Dios te llama! —¿Abandonaré a mi patria? ¿Dejaré a mi madre?”. —Deja a tu madre; ¡Abandónala! ¡Deja a tu familia! ¡Deja a tu madre! ¡La voluntad de Dios es tu patria! “La obra de Dios que hay que concluir, esa tierra que Dios te ha dado como la manzana del paraíso para que la tomes entre tus dedos, eso es tu padre y tu madre”. Y Cristóbal Colón rompió esas ligaduras y partió: “¡Adiós, madre! ¡Adiós mar cerrado! A mí el gran horizonte del Oeste. ¡Te saludo Océano! Hace bien respirarte, hace bien estar contigo, hace bien sentirte en el rostro y bajo los pies! ¡tan lejos como pueda irse, iré! ¡tan lejos como no pueda irse, también iré! ¡Heme aquí sobre el último montoncito de piedras hacia el Oeste!”.

“*La voluntad de Dios es tu patria!*”, dice Claudel. Al empezar a ejecutar esa voluntad Cristóbal Colón encontró la patria que le han negado los hombres.

A los diez años se hizo a la mar. Esa es la “edad que por lo común tenían los pajes, y sabido es que los pajes eran más jóvenes que los grumetes”. En esa condición se mantuvo por todo el tiempo que fue necesario para alcanzar dentro de la marinería un trabajo de envergadura, que le permitiera, tal vez, ser efectivamente útil en el mantenimiento de una carabela y tener acceso libre a los puestos de comando. Paje o grumete, el niño surcaba ahora las aguas mediterráneas bajo un signo que desconocía. El Marco Polo de sus sueños se le había metido en la sangre y lo arrastraba mar adentro. Génova ya no será más su patria; su patria será en adelante la sola voluntad de Dios.

Colón navega sin cesar, día tras día, llevado por no se sabe qué vientos ni bajo qué banderas. Así alcanza la edad viril. Entonces aparece por primera vez su nombre en los registros de la historia. Es un episodio ocurrido entre los años 1472 y 1473.

....“A mí acaeció —escribe Colón de su propia letra— que el rey Reynel, que Dios tiene, me envió a Túnez, para prender la galeaza Fernandina, y estando ya sobre la isla de San Pedro, en Cerdeña, me dijo una saetía que estaban con la dicha galeaza dos naos y una carraca; por lo cual se alteró la gente que iba conmigo y determinaron de no seguir el viaje, salvo de se volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo, visto que no podía sin ningún arte forzar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el cebo del aguja, di la vela al tiempo que anochecía y, otro día, al salir del sol, estábamos dentro del cabo de Cartagine, tenido todos ellos por cierto que íbamos a Marsella”.

Aquí está Colón con su primera estratagema de navegante, poniendo a prueba la sutileza de su entendimiento para superar

los trances difíciles. Este es ya un capitán de veintiún años, curtido y audaz, terco y calculador, que a base de coraje personal y de inevitables intrigas se había hecho al mando de una nave en la campaña que aquel Rey Renato libraba contra Alfonso V de Aragón por el trono de Nápoles. Eran naves fletadas y pertenecían a los armadores genoveses Antonio Di Negro y Nicolás Spínola, traficantes de comercio a cuyo servicio se encontraba Colón. Ellos mismos lo enviaron, en septiembre de 1475, en lo que resulta ser su segunda hazaña marítima, con una expedición destinada a ayudar a los genoveses que en Quíos libraban dura batalla contra el asedio de los turcos.

Fuera de estas dos únicas referencias, que lo presentan como un viajante de comercio desdoblado de mercenario, nada hay en todo ese largo trecho de su vida que nos revele, ni por asomo, la personalidad del navegante. Muchas páginas, es cierto, se han escrito sobre este hombre indescifrable, pero ninguna de ellas lo muestra de cuerpo entero en esos hipotéticos episodios, fraguados, al parecer, con el intento piadoso de no dejar sin respuesta los serios interrogantes planteados por sus primeros viajes marítimos. Indagando en unos y otros textos llégase a la presunción, tan solo, de que alternativamente fue comerciante y pirata, aventurero y mercenario, y que de todos estos ejercicios, por ser hombre de sobradísimo talento, sacó enseñanzas y experiencias que iban a serle de mucha utilidad más tarde en sus empresas sobre el Atlántico.

Quince años lo separan ahora del día aquel en que abandonó por primera vez el bullicioso puerto de Génova. Los episodios mencionados son los únicos en que aparece su nombre. Es un largo silencio, inexplicable por la historia, pero durante el cual, no cabe duda, se fue llenando su alma de ensoñaciones y su inteligencia de raras ideas. Tal vez en ese período incógnito, que nos desvela y nos seduce, meditó largamente sobre los secretos de la tierra y sobre ese otro abismal secreto que entraña su propio destino. Ser el portador del nombre de Cristo, y llevar ese nombre hasta los confines del mundo, he ahí su misión y su tarea. La revelación de su inmortal destino debió serle hecha en estos años de misterio. Tal vez durante ellos adquirió no pocos de los conocimientos de que hizo después tantas veces gala, y que si bien no correspondían al grado de desarrollo en que los estudios se encontraban en la Península por acción del Infante don Enrique, sí revelaban el vivo interés que en tal género de disciplinas puso siempre don Cristóbal. Sábese, por testi-

monios innumerables, que sus conocimientos al abandonar a Génova no pasaban de las primeras letras. ¿Dónde y cómo aprendió entonces lo que decía saber? Recuérdese su carta de 1501 a los Reyes Católicos:

“Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiástica y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas. A este mi deseo hallé a Nuestro Señor muy propicio y hobe dél para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso, de astrología me dió lo que abastaba, así de geometría y aritmética, e ingenio en el ánima y manos para adebujar esta esfera, y en ella las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto e puesto estudio en ver de todas escripturas: cosmografías, historias, crónicas y filosofías y de otras artes. De forma que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacedero navegar de aquí a la Indias, y me abrasó la voluntad para la ejecución dello. Y con este fuego vine a Vuestras Altezas; todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa y burlando la negaban; todas las ciencias que dije no me aprovecharon, ni las autoridades dellas; en solo Vuestras Altezas quedó la fé y constancia”.

A juzgar por esta carta Cristóbal Colón poseía los conocimientos de su tiempo en marinería, cosmografía, o astrología, geometría, aritmética, historias, crónicas y filosofías, de las cuales dice:

“He yo visto e puesto estudio en ver de todas escripturas”.

Y como complemento hace estas rotundas afirmaciones:

“A este mi deseo hallé a Nuestro Señor muy propicio y hobe dél para ello espíritu de inteligencia”; “de forma que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacedero navegar de aquí a las Indias”.

El razonamiento de Colón presenta así, en este punto, un desarrollo eminentemente lógico. Dios Nuestro Señor le dio el espíritu de inteligencia para penetrar los secretos deste mundo y le abrió con mano palpable el entendimiento para que comprendiera lo hacedero que era navegar a las Indias. Colón venía, pues, según su propia creencia, impulsado por el espíritu del Señor.

Recordemos ahora cómo Cristóbal Colón, de la edad de veinticinco años, llega a nado a las costas de Portugal después de un naufragio cuyos detalles encuéntranse pormenorizados en crónicas y biografías. Cierto o no el relato que de ese naufragio se ha hecho, ya que “hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben”, según el decir cervantino, lo incues-

tionable es que a esas costas llegó en 1476 en forma providencial, impulsado sobre las aguas por las solas manos de Dios. Ni antes ni después estuvo en semejante trance de muerte. Mada-riaga nos da la vislumbre sobrenatural de esa salvación milagrosa. Imagínalo él en ese 13 de agosto de 1476, luchando contra las olas sobre un remo flotante que le servía de balsa, y escuchando, sin duda, a la augusta Voz que resonaba en su alma, diciéndole:

“¿Qué has hecho de tu juventud? Crees que te he liberado de los sombríos telares de Vico del Olivella y de la taberna de Savona para que pases la vida yendo y viniendo sobre los mares como un vagabundo pirata, o haciendo dinero atacando a inocentes barcos mercantes al antojo del rey de Francia o del Rey de Portugal? ¿Crees que fue para eso para lo que te dí abundancia de marinería y habilidad de ánimo y manos para pintar tierras y mares, y entendimiento de cosmografía y astrología, y todo para que vivieras una vida igual a cualquier otra vida? ¿Cuándo vas a elevarte al vértice de tu alma, que es más alta que ninguno de los faros, ninguna de las puertas y torres que guardó tu padre? ¡Despierta, Christóforo, despierta y sírveme!”.

Así llega a Portugal, que es entonces el término de la tierra, la ventana sobre lo desconocido, el punto final de la clásica ecumene. ¿Para qué lo llevó Dios allí? ¿Por qué lo arrastró hasta ese extremo límite del mundo? El joven Cristóbal sabe que Portugal es en esos momentos el centro de agitación de todos los conocimientos geográficos. De eso estaba enterado desde hacía mucho tiempo. Pero fue a través de su hermano Bartolomé, residente a la sazón en Lisboa, como vino a tomar contacto directo con los más avanzados científicos y exploradores. De ellos escuchó el relato pormenorizado de antiguas empresas cumplidas en el mar del Sur. Oyendo las legendarias narraciones debió entender que él había llegado hasta allí para reiniciar aquellas hazañas y darles inmortal término. Entre esos nombres encadenados a la leyenda figurarían, sin duda, los de Martín Bohemo, Alonso Sánchez de Huelva, Juan de Echaide, Miguel y Gaspar Corterreal, Vicente Díaz, Pedro Velasco y Antonio Lerne, sin contar a San Brandano, Erico el Rojo, Madoc y Marco Polo, cuyas figuras se confunden en la niebla del vasto océano. Su espíritu debió crujir en esos años de Portugal bajo el peso de dos fuerzas opuestas. De un lado la fe que le abría la ruta hacia el Mar Tenebroso, incitándolo a seguirla; del otro lado la tradición popular de la Edad Media que se la cerraba. Lo uno era el impulso, el fuego con que Dios, según él lo dijo, le abrasó

la voluntad para la ejecución de la empresa; lo otro era el freno, la contención, el prejuicio secular y medroso. Entre ceder a ese impulso y desistir se cifró su lucha interior. Portugal fue para él un dilema inexorable: o seguía adelante hacia el Oeste, portando el nombre de Cristo, o regresaba sin gloria al punto de partida, a su Génova natal, para dedicarse, entonces sí, al oficio de tabernero o de quesero. Al frente suyo se halla el Mar Tenebroso de las leyendas medievales:

“El hombre medieval, recluso en el ecumene circunmediterráneo, con vagas noticias del norte de su propio continente y del Lejano Oriente, había creado en su fantasía imágenes monstruosas de los seres que poblaban otros mundos... Animales fantásticos como el basilisco de la India y el bonacus de Frigia; grifos, hormigas como perros, y la famosa ave fénix, que renace de sus cenizas. Amazonas, dragones y sirenas. Hombres cíclopes, con un solo ojo, y otros con cuatro ojos, o descabezados, con los ojos y bocas en medio del pecho; hombres cinocéfalos, con cabeza de perro; hombres hipópodos, con pezuñas de caballo; hombres con un solo pie gigantesco; otros con labios enormes, que, replegados, les servían de sombrilla...”.

Esta concepción del mundo desconocido fue sin embargo un paso adelante en el esfuerzo de esos hombres por racionalizar sus creencias. Ya se acepta la existencia de otros seres, no importa lo monstruosos que sean. Antes se suponía, como hecho incontrovertible,

“que las comarcas ecuatoriales eran inhabitables por su sequedad y altísima temperatura, y que al sur del cabo Bojador, situado en la costa africana, no lejos de las Canarias, se extendía el temible Mar Tenebroso, en el cual las aguas hirvientes del trópico y las frías procedentes del polo, producían espesa niebla de vapores, que, al mezclarse con la arena del desierto acarreada por los vientos, formaba una masa impenetrable”.

Fue el Infante don Enrique de Portugal quien inició la lucha contra esa impenetrable muralla. La preocupación constante era doblar el cabo Bojador. Gil Aenes realizó el prodigio de transpasar ese límite de espesas nieblas y aguas hirvientes que empavorecía las almas. Grande fue su hazaña, como lo fue la de los mallorquines del siglo XIV. Solo que una y otra cayeron con igual ligereza de la memoria de los hombres, para dar paso a la verdadera hazaña inmortal. Ellos penetraron en el misterio pero no lo descifraron. A otro estaba encomendada la empresa portentosa.

De todos los errores científicos en que incurrió Cristóbal Colón en esos años de impaciencia náutica, destácase uno que

por su persistencia en la mente del navegante no dudo en identificarlo con la propia voluntad de Dios. Puede parecer esto un contrasentido, una audacia dialéctica que vulnera toda ponderación racional. Solo que ante el desenlace que este error tuvo no cabe pensarse de otra manera. Sin él, y sin el ardor con que don Cristóbal lo profesó y defendió, el nombre del insigne genovés carecería hoy de sentido.

Sábese, en efecto, por las mil historias que lo narran, del subyugante ensueño que constituía para los europeos del Mediterráneo el fabuloso espejismo del Asia. Aparte las incitaciones de carácter económico que desataba en aquellos espíritus,

“Asia despertaba también, como nos lo recuerda O’Gorman, la más intensa curiosidad científica y religiosa por la variedad, riqueza y extravagancia de su flora y fauna, por su antropología teratológica, por las civilizaciones que albergaba, por la fantástica opulencia de sus palacios y ciudades, por los tesoros y poderío de sus señores y potentados; y porque Asia, cuna de la humanidad y escenario de la época primaveral del hombre, mostraba las huellas de cuando Dios, como una deidad homérica, intervenía, visible y tangible, en la historia. Allá en el lejano oriente inaccesible, donde el mundo vió la luz primera, se localizaban las temibles tierras de Gog y Magog, el Ofir fabuloso de donde procedían los tesoros de Salomón; la milagrosa sepultura de Tomás apóstol, el asiento y Corte del Gran Kan y del Rey-sacerdote, y allí, sobre todo, el Paraíso Terrenal, fuente de los ríos del mundo, deslumbrante y prohibida joya de la naturaleza, cuya ubicación constituía el más obsesionante problema para el viajero y para el geógrafo”.

Esta visión del Asia deslumbra e inquieta a todos. Cristóbal Colón, penetrado en esos momentos hasta lo hondo por las teorías de Tolomeo, que ya la escuela de Sagrés había rectificado, cae en la misma seducción asiática de sus contemporáneos, y aspira, como ellos, a hacer el viaje a las Indias. En este punto es la mano del Señor la que interviene para trazar, de acuerdo con sus designios, la ruta del navegante. Aquí está Colón en la línea extrema del mundo, frente al vacío que preconizan los viejos textos griegos. Rememorando un poco a Aristóteles piensa entonces en la esfericidad de la tierra; rememorando otro tanto al geógrafo egipcio le parece ser cosa fácil “cruzar el Atlántico en dirección de Occidente, para alcanzar, desde España, los litorales extremos del Asia”. Para O’Gorman este proyecto de Colón es de una dórica simplicidad. ¿Acaso no está convencido de la inusitada extensión de aquel continente y de la pequeñez del océano?

“La concepción de Colón es, en su totalidad —dice Enrique de Gandía— la misma que los geógrafos griegos tenían del mundo y de la proximidad de la India y las columnas de Hércules. Aristóteles, Séneca, Posidonius y Tolomeo —al igual que Edrisi y otros repetidores, siglos después, pensaron en la travesía del Océano para unir el Oriente y el Occidente”.

Su error, entonces, es de la más pura estirpe.

Sorprende, en todo caso, que don Cristóbal Colón persistiera hasta el final de sus días en los errados cálculos de Tolomeo, cuando desde el propio siglo IX ya empezaron a ser conocidas, con el Fargani, las dimensiones exactas de la tierra. Pero también resulta sorprendente pensar que si Colón, que no era un iluso ni un tonto, ajusta su proyecto a los nuevos cálculos de los cosmógrafos, de seguro —dice Gandía— que no habría emprendido nunca, por imposible, su audaz travesía. La ignorancia de Colón en este punto resultó ser absolutamente providencial. Una ignorancia invencible en que lo mantuvo el Señor contra todas las evidencias científicas que le oponían los sabios y los consejeros reales. Por causa de ella sufrió hasta lo indecible.

“Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa y burlando la negaban; todas las ciencias que dije no me aprovecharon, ni las autoridades dellas”.

Estas palabras de dolor y confesión del Almirante resumen por entero el drama del Descubrimiento. Y ya se sabe que este fue posible por la fe y constancia que en el inmortal soñador depositaron los Reyes Católicos.

Valga, como explicación de lo anterior, una anotación final: la intra-historia supera a la historia cuando esta es incapaz de suministrar la verdad sobre los hechos que la configuran. Si una persona cualquiera dice, por ejemplo, que Cristóbal Colón, de la edad de los diez años, salió del puerto de Génova con rumbo a las Indias Occidentales, y no a otra parte del mundo, los profesionales del lugar común volverán de inmediato en defensa de los *hechos* y nos abrumarán con todo género de argumentos demostrativos de que Colón no iba hacia ninguna parte. Y nos dirán que él no hacía sino moverse en el mar, entretenido en oficios de rutina para un marino que no era sino eso. Ahí, en esa afirmación, termina toda la filosofía trascendente de estos pesquisidores del hecho cierto.

Y otra cosa más: como Cristóbal Colón es una figura clave de la humanidad, y a la humanidad le gusta que sus figuras

claves sean descifradas, desmontadas en todos y cada uno de sus episodios, la historia se considera entonces en la obligación de ejecutar esa tarea, y a falta de aquellos *hechos ciertos* los crea con la mayor seriedad del caso. Es decir, que el hombre acude con su imaginación, con su invención, en auxilio de sus vanidades, rellorando con fantasías aquel espacio en blanco de que atrás dije que Dios reserva en el destino de los hombres para que en él jueguen libremente sus inescrutables designios. Y lo peor de todo es que este embutido se acepta como verdad histórica, a tiempo que se rechaza allí mismo la presencia de Dios. Lo cual quiere decir que el hombre puede recrear a su acomodo la historia del hombre, y que Dios, si no quiere pasar por impertinente, debe mantenerse alejado de esas operaciones.

No creo exponer un criterio baladí si manifiesto mi sincera convicción de que Cristóbal Colón emprendió su viaje de Génova con la única finalidad de revelar la redondez de la tierra, y que las demoras sufridas en esa ruta se explican por la necesidad que tenía de allegar la mayor suma posible de conocimientos y experiencias, no porque ellos fueran imprescindibles en la ejecución del plan divino que estaba por realizarse, sino dada la inutilidad de romper aún en eso la forma exterior de los actos humanos.